

ABE KŌBŌ: ¿UN AUTOR KAFKIANO?

Guillermo Quartucci

Hablar de “aires kafkianos que soplan en la literatura de Japón” es, a primera vista, poco más o menos que intentar encontrar la cuadratura del círculo. Sin embargo, no pocos críticos occidentales y japoneses, cuando no algunos lectores avisados que se han aventurado en el mundo de la narrativa japonesa contemporánea, han descubierto un Kafka nipón: Abe Kōbō, cuya novela *La mujer de la arena* ha recorrido el mundo, como libro y en su versión cinematográfica. Este autor, revelado al mundo de las letras inmediatamente finalizada la Segunda Guerra Mundial, comienza muy pronto a publicar narraciones breves y de mediana longitud cuyo desarrollo sorprende e irrita a sus compatriotas, sea el lector común o el crítico literario. Tan temprano como en 1949, uno de sus cuentos, *Dendorokakariya* (Dendrocacalia o Cómo el Sr. Don Nadie se transformó en Dendrocacalia), sorprendió a ambos (lector y crítico) con una historia desconcertante e insólita en la tradición literaria japonesa: la metamorfosis de un hombre en planta. En 1951, *Akai mayu* (El capullo rojo), *Kōzui* (El diluvio), *Mahō no chōku* (El gis mágico), *Baberu no tō no tanuki* (Un tejón en la Torre de Babel) tenían como tema la metamorfosis, en un ciclo que podría denominarse el “él dentro de él” (*kare no naka no kare*). Fue casi imposible, entonces, no asociar a Abe Kōbō con Kafka y su célebre historia de Gregorio Samsa.

Pero el mismo escritor, al hablar de sus lecturas de la juventud, cita, entre otros autores, a Rilke y Poe. No hace ninguna mención de Sartre y de los escritores “existenciales” y Kafka, de acuerdo con sus palabras, sólo llegó a sus manos después de escribir las primeras historias.¹ ¿Qué pensar entonces acerca de las similitudes más que obvias con el escritor checo que se dan en la primera etapa de su obra de narrador? En este punto, las opiniones se dividen y se encuentran. Por ejemplo, un crítico japonés escribe, refiriéndose a Abe: “Aunque las comparaciones son a menudo odiosas, el mundo literario de Abe tiene un parentesco más cercano con el de Kafka y algunos escritores europeos contemporáneos que con el de sus compatriotas.”²

¹ Entrevista en el estudio de Abe Kōbō a raíz de la publicación de su novela *El hombre caja* (1973).

² Yamanouchi Hisaki, “Abe Kōbō y Ōe Kenzaburō: The Search for Identity in Contem-

Por el contrario, un crítico no japonés escribe: "Natural y quizá inevitablemente, los críticos occidentales relacionan a Abe con Kafka [...]. Comúnmente, la comparación se hace por sugerencia. Que yo sepa, no hay ningún estudio que trate de probar la similitud de Abe con los escritores asociados al *arte del absurdo* de Occidente."³

El propio Abe, en su ensayo de 1973, *Uchi naru henkyō* (La frontera interior), donde habla extensamente acerca de la "naturaleza judía" y sus características específicas (que él niega, por considerarlas un producto prejuiciado de la cultural occidental no judía), comienza refiriéndose a Kafka, indudablemente presionado por la necesidad de explayarse acerca de su entonces ya bien ganada fama de autor "kafkiano".⁴ Vale la pena citar *in extenso* los primeros párrafos:

Este ensayo no debería ser interpretado como un intento de abordar la cuestión judía. No es mi propósito hablar sobre problemas de prejuicios o discriminación. Sin embargo, debo admitir que en las obras de los autores judíos hay expresado algo tan consistente como no se observa en los autores no judíos. Llamaré a ese algo "la frontera interior". Se trata de una idea que también yo he tratado de incorporar a mis obras más recientes.

Permítaseme usar a Kafka como ejemplo de lo que quiero decir. Sería ir demasiado lejos tratar de explicar la obra de Kafka sólo por las cualidades judías que contiene. Tal estrechez de miras es evidente en el intento de algunos críticos por interpretar las historias de Kafka a la luz del concepto de una figura paterna judía autoritaria que se supone siempre presente en un segundo plano. Esta crítica, sin dudar de sus buenas intenciones, no hace sino enfatizar las cualidades específicamente judías de Kafka en detrimento de la naturaleza más moderna y universal de su obra. Considerar a Kafka desde ese punto de vista es tan poco realista como meter a Proust, Chaplin y Bergson en un mismo saco y hablar de sus cualidades específicamente judías.

Sin embargo, sería igualmente poco real negar que Kafka es judío. Sabemos por su diario, que estaba muy consciente de su condición de judío, por lo que trabajaba muy duro para analizar su identidad judía desde la perspectiva adecuada. ¿Hay alguna relación, entonces, entre el Kafka judío y el universalismo que se observa en su obra? [...].

La solución más fácil sería contestar sí y no a la cuestión de la naturaleza judía de Kafka. Podría decirse: "Kafka, aunque bastante consciente

porary Japanese Literature", en W. G. Beardsley, ed., *Modern Japan. Aspects of History, Literature and Society*, University of California Press, 1975, p. 167. ..

³ Philip Williams, "Abe Kōbō and the Symbols of Absurdity", en *Studies of Japanese Culture*, Tokyo, The Japan PEN Club, 1973, vol. I, p. 477.

⁴ En los años 60, Abe visitó Praga y se entrevistó con Eduard Goldstücker, especialista en Kafka, quien en 1968 fue elegido presidente del sindicato de escritores checos.

de sus características judías, poseía el genio de trascender los límites de su medio y expresarse en términos universales.”⁵

Es precisamente esta “universalidad” de Kafka destacada por Abe, la que él trata de imprimir a sus trabajos de ficción y la que lo lleva a preguntarse acerca de lo que se entiende por “forma nacional” cuando se habla de narrativa, para salir al paso de los críticos y lectores japoneses que lo tildan de extranjerizante. A esta altura del desarrollo de las sociedades, la idea estrecha de nación se ve desafiada por la noción de ciudad, como el escenario cosmopolita, la “frontera interior”, donde se desarrollan las actividades más importantes del Estado moderno. “Cuando la población urbana alcanza determinado nivel, se vuelve inmune a las fantasías de ‘la vuelta a la tierra’. Quizá la popularidad de los escritores judíos —y de la literatura del exilio, en general— esté indicando el fin del Estado como ‘causa justa’ y campeón de la Madre Tierra.”⁶

Como consecuencia de este desarraigo, el escritor contemporáneo no puede sino dejar estampado en su obra el sello de una cuestión apremiante: la búsqueda de la identidad. A partir de aquí, el paralelismo entre Kafka y Abe se vuelve más transparente. Pero, ¿cuáles son las características principales de la obra primera de Abe, más allá de sus consideraciones *a posteriori* acerca del lugar del escritor (y Kafka, como epítome) en el mundo contemporáneo? Como se ve en los dos cuentos que se presentan a continuación, típicos de la primera época de Abe, el recurso fundamental es la ubicación de la acción en un ambiente abstracto, de reminiscencias expresionistas, que amenaza con hacer trizas en cualquier momento la identidad de los protagonistas. El acontecimiento insólito y chocante se manifiesta desde las primeras líneas, para, de esta forma, desplazar la atención del lector de la descripción realista a un mundo de ficción, metafórico, con sus leyes propias, posibilitando así el clima de pesadilla o absurdo que generalmente enmarca la acción.

En *El capullo rojo*, el ambiente es más opresivo, atravesado hasta el fin por el subjetivismo solipsista del personaje, que busca incansablemente una respuesta al enigma de su identidad, materializado en la falta de un lugar donde vivir. El capullo iluminado por los rayos rojos del sol del atardecer en que se convierte el protagonista y la disolución del yo en una cálida nada, describen en clave alegórica lo que *El diluvio*, una demoledora sátira centrada alrededor de la lucha de clases, expresa sin ambigüedad: la alienación del hombre ante la irracionalidad capitalista. Tanto la fibra trágica del primer relato, como la implacable mordacidad del segundo, de la que ni siquiera se salva la figura de Noé, constituyen las dos caras de una misma

⁵ Abe Kōbō, *Uchi naru henkyō* (La frontera interior), en *Abe Kōbō Zensakuhin* (Obra completa de Abe Kōbō), Tōkyō, Shinchōsha, 7a. Ed., vol. 15, pp. 30-31.

⁶ *Ibid.*, p. 56.

moneda y, de alguna manera, reconocen un paralelismo en Kafka. Finalmente, para ambos autores, es en la concepción moderna del Estado donde hay que rastrear el origen de los males del hombre. “El Estado, que una vez luchó contra los herejes, en la actualidad, proclamándose defensor de las tradiciones, enfrenta con ardor a los nómadas herejes de ‘la frontera interior’ [esta vez al grito de:] “Traidor a la patria, ideólogo extranjerizante, vándalo, idiota útil, rojo, estudiante extremista’.”⁷

⁷ *Ibid.*, p. 56.

EL CAPULLO ROJO

Abe Kōbō

La noche empieza a caer. La gente se apresura a volver al nido, mas para mí no existe casa a la cual regresar. Yo continúo caminando lentamente la angosta grieta que separa a una casa de la otra, mientras se repite la pregunta que me he hecho cientos de veces: ¿por qué a pesar de que a lo largo trar una respuesta convincente al por qué no tengo una casa.

A veces, al apoyarme en un poste de luz para orinar, encuentro pedazos de sogas tirados y siento deseos de ahorcarme. Mirando fijamente de reojo hacia mi cuello, la soga parece decir: descansemos, hermano mío. Mas no puedo descansar; la soga y yo no somos hermanos, y aún no puedo encontrar una respuesta convincente al por qué no tengo una casa.

Todos los días anochece. Al llegar la noche debo descansar. Para descansar necesito una casa. Y si es así, ¿no es cierto que no existe una razón para no tenerla?

De pronto se me ocurre que quizá cometí un grave error y no es que no tenga una casa: simplemente la olvidé. Sí, eso puede ser. Al pasar casualmente por un sitio, me detengo frente a una casa: ¿será ésta mi casa? Al compararla con las demás no encuentro un motivo especial que me indique tal posibilidad. Y aunque llegue a cualquier casa, de nuevo me digo lo mismo: no hay evidencia que desmienta que ésta sea la mía. Me lleno de valor y, ¡seal, llamo a la puerta.

Por la ventana a medio abrir aparece el risueño rostro de una amable mujer. La esperanza late cerca del corazón y éste ondea llano como bandera. Yo también sonrío y saludo como un caballero.

—Perdone que la moleste, ¿no es ésta mi casa?

El rostro de la mujer repentinamente se endurece.

—¡Caramba! ¿De quién se trata?

Me dispongo a explicarle, pero me encuentro en un callejón sin salida. No sé qué debo explicar. ¿Quién soy yo? No es ése el problema. ¿De qué manera podría complacerla? Me siento desesperado.

—En todo caso, si usted cree que ésta no es mi casa, pruébelo.

—¡¿Que qué...?! —dijo la mujer con rostro atemorizado, ofendiéndome.

—Si no tiene pruebas, tengo razón para pensar que es mi casa, ¿no?

—Pero esta casa es mía.

—¿Qué quiere decir con eso? Decir que es suya no significa que no sea la mía.

El rostro de la mujer se convirtió en un muro que borró la ventana. ¡Ah! Éste es el verdadero carácter de la señora de rostro sonriente. Si las cosas son de alguien, significa que no son mías. La transformación de siempre para justificar esa lógica irrazonable.

¿Por qué...? ¿Por qué si todas las casas son de alguien ninguna es mía? ¡Ay! Y aún no siendo mías, ¿no sería bueno que una al menos no fuera de nadie?

De vez en cuando imagino que los tubos de los depósitos de materiales y de las obras en construcción son mi casa. Pero éstos ya pertenecían a alguien. Sin que mi voluntad ni mi interés tengan nada que ver, en poco tiempo desaparezco del lugar para que aquello se convierta en propiedad de alguien. Evidentemente no era mi casa.

¿Qué tal la banca del parque? Excelente. Si en verdad la hago mi casa vendrá el del garrote y me echará... Indudablemente es *de todos*, no es propiedad de nadie. Pero dirá:

—¡Ea! ¡Levántate! Éste es un lugar público, no es propiedad de nadie y mucho menos tuya. ¡Vamos, a caminar! Si no te gusta es un asunto legal, así que búscate algún sótano. Fuera de ahí no hay donde te puedas quedar, o cometerías un delito.

¿Será que aquello del judío errante se refería a mí?

La noche empieza a caer. Sigo caminando. Las casas... ni desaparecen ni se transforman, permanecen firmes sobre la tierra. Mientras tanto, va cambiando su indefinido aspecto la grieta..., la calle..., en los días de lluvia como brocha que suelta pelusa, en los días de nieve como la huella de una rodada, en los días de viento como un cinturón que recorre la calle. Sigo caminando. No entiendo por qué no tengo una casa, no puedo ahorcarme.

¡Oh! ¿Quién es? ¿Qué se enreda en mi pie? Si fuera la soga para estrangularme no sería tanto mi apuro. ¡Ah, no...! Es un pegajoso hilo de seda que sale del agujero de mi zapato y por más que tiro de él sigue alargándose. Es algo muy singular. Lleno de curiosidad, continuo tirando hasta que sucede algo todavía más extraño. Gradualmente mi cuerpo se inclina, no puedo mantenerme perpendicular al suelo. ¿Habrá cambiado el rumbo de la gravedad, ladeando al eje de la Tierra?

¡PUM! Mi zapato cae al suelo y comprendo la situación. El eje de la Tierra no se ha torcido; uno de mis pies se está haciendo pequeño. Al tirar del hilo, mi pie se empequeñece. Mi pie se ha ido destejiendo como el codo descosido de una chaqueta gastada. Mi pie se deshace como las fibras de un estropajo.

Ya no puedo dar un paso. Sin saber qué hacer permanezco inmóvil y,

dentro de la igualmente perpleja mano, el hilo de seda en que se transformara mi pie empieza a moverse solo. Sale arrastrándose con agilidad y, sin que yo mueva un dedo, se enrolla en mi cuerpo. Al terminar de destejer la pierna izquierda, con la mayor naturalidad se cambia a la derecha. En poco tiempo el hilo ha envuelto todo mi cuerpo como un saco y no cesa de destejer, de la cintura al pecho, del pecho a los hombros y continúa hasta que, desde el interior, termina de formar el saco. Al fin desaparezo.

Después, quedó un capullo grande y vacío.

—¡Ah! Al fin puedo descansar—. El sol poniente poco a poco tiñó de rojo el capullo. —Ésta es la casa a donde nadie vendrá a molestarme. Pero ahora que tengo una casa, ya no hay un yo que vuelva a ella.

Dentro del capullo el tiempo se detuvo. Afuera oscurece, pero el interior del capullo, en un eterno crepúsculo, se ilumina con el enrojecido brillo del atardecer. Ante un hecho tan sorprendente un hombre se detuvo. Me encontré en un cruce con las vías del tren. Al principio se le revolió el estómago, pero su extraño hallazgo lo hizo cambiar de opinión y me guardó en el bolsillo. Después de traerme dando tumbos, me dejó en la caja de juguetes de su hijo.

Traducción del japonés:
Silvia Novelo